



Experto en psicología clínica y psicoterapia infantil



www.isfap.com · info@isfap.com

TEMA X. LA ADOLESCENCIA

"Lo que tus padres te dieron como herencia, si quieres poseerlo, gánalo". Goethe.

En este tema proponemos la adolescencia. En un primer momento desde una perspectiva descriptiva, en la que nos vamos a detener en el desarrollo cognitivo, moral y sexual, para dar paso a un segundo: la adolescencia tomada desde las palabras y las metáforas. Para los psicoanalistas, lo descriptivo sólo nos interesa en cuanto hay un real sobre lo que va a hacer efracción las palabras y el universo simbólico. Y es en este segundo apartado que le vamos a dedicar más espacio en cuanto adquiere sentido, determinación y valor.

El malestar en la cultura



Cuando hablamos de Adolescencia hay una serie de conceptos que nos parecen incuestionables, cada uno de ellos sugerente e imprescindible: cambio, identidad, narcisismo, creatividad, familia, sociedad, psicopatía,

actuaciones, rebeldía... Todos ellos nos remiten a ese periodo crítico, donde el niño se despoja de su cuerpo y adquiere la identidad que le va a convertir en un adulto. Lo que ocurre en estos años (maravillosos o trágicos) van a dar como resultado que el proyecto de ese niño cristalice en el adulto que va a llegar a ser. Y lo que llega a ser no es producto solo de su corta historia, sino también de la historia de sus padres y de los padres de sus

padres que le inscribieron en una cultura, dentro de una sociedad y proviniendo de una familia.

En un principio tenemos a un bebé que ya es alguien antes de llegar a ser, ya que existe como proyecto en la mente de sus padres, sujeto donde el nacimiento a la "violencia primaria" por la que su madre se convierte en su portavoz. A través de la mirada y el discurso materno, ella le contará un texto que lo preexiste y del cual él se apropiará más adelante para escribir el primer capítulo de su historia.

Algunos autores como P. Aulagnier llegan a considerar que la totalidad de los fenómenos psicopatológicos que encontramos en la clínica, sea cual fuere su forma, con la consecuencia y la manifestación más o menos disfrazada de un conflicto que está funcionando en su economía identificatoria.

Para resolver el rompecabezas identificatorio el niño debe contar con la presencia de la figura del otro que le sostiene. Y esta presencia no elegida sino determinada, puede ser empática o no, suficiente o insuficiente, estimulante o pervertidora.

Es llegado el momento de la adolescencia y resulta pues que aquella tarea laboriosa, tiene que ser destejida para volver a ser reeditada (cual manto de Penélope) conservando parte de la trama y de la urdimbre, pero combinando modelos diferentes.

Nos sentimos identificados con la orientación que considera que el ser humano necesita para constituirse como sujeto de la presencia de otro que le dé razón de ser y con respecto al cual se configure su identidad. Dicha interrelación está presente desde los inicios de la vida creando tipos especiales de vínculos. Algunos autores como Bowlby y más recientemente Stern nos han proporcionado datos de la interrelación del bebé con su madre desde el principio, mostrando como las pautas de apego y los modelos operativos son objeto de transmisión generacional. Es importante destacar como el peso de las representaciones parentales que tienden a ser proyectadas en el inicio, pueden obstruir el reconocimiento de lo propio y singular de su identidad.

De manera que, volviendo a nuestra analogía textil, partiendo de un entramado constitucional, se va entretejiendo una urdimbre en función de los vínculos e identificaciones con el entorno que le rodea.

La adolescencia es el punto de partida de un proceso a veces inverso y a veces contradictorio con el anterior, se trata de los fenómenos desidentificatorios por los que el púber tiene que pasar para conseguir su propia identidad. La adolescencia es lugar de muerte, pero también de resurrección. Para Winnicott el dilema adolescente es "matar o no ser". Leclaire le da título, "Matan a un niño", a ese niño maravilloso que de generación en generación atestigua los sueños y deseos de los padres. Este niño que solo existe en la mirada materna y que asegura por un tiempo la ilusión de completud y omnipotencia compartida.

Aquí nos encontramos con otro de los conceptos esenciales que mencionábamos al principio, el duelo. La adolescencia es un periodo de duelos varios: Duelo por la imagen



idealizada de los padres, duelo por el niño maravilloso que nunca se llegó a ser, duelo por un cuerpo que se desprende como camisa de langosta (hermosa metáfora de Dolto que compara al adolescente con la langosta en el momento de cambio), duelo por la bisexualidad y por el reconocimiento de la muerte.

El duelo no es un proceso que haya de realizar solo el joven. Para que los adolescentes se desidentifiquen de sus modelos anteriores y desalojen a sus padres del lugar

omnipotente que ocupaban, se necesitan padres que se dejen sustituir, o matar (palabras de Winnicott).

La ambivalencia frente al cambio, el deseo y no deseo provienen tanto de un lado como de otro. Para el muchacho la experiencia de todo lo que el mundo puede aportarle, el impulso hacia el crecimiento, la autonomía, la independencia está ahí. Pero también la angustia ante la novedad de la pujanza pulsional, el temor a lo desconocido, la angustia ante el desamparo. Todos los antiguos temores nos hablan de esta etapa como una segunda oportunidad para conseguir la individualización, y también de la tentación hacia la regresión y la permanencia en el mundo incestuoso y familiar.

Las reacciones cambiantes y contradictorias de los jóvenes que, en un lapso tan corto como una tarde, pueden parecer adultos independientes capaces de tener ideas claras y decididas, para momentos después, acurrucarse como los niños que aún son, corresponde a los vaivenes de ese proceso de separación e individuación.

Freud nos muestra como el niño puede a veces quedar cautivo de los ideales narcisistas de los padres y como el narcisismo de estos queda anclado en el psiquismo del niño, impidiendo que el proceso de reparación-desimbiotización se dé. Porque a veces, muchas, los padres no se dejan sustituir y mucho menos matar. El niño es objeto de odio no solo porque es diferente, sino, sobre todo, y paradójicamente, porque su historia está ligada a la historia de sus padres y de todo lo que rechazan en su sistema de regulación narcisista. Al respecto podemos señalar como es el periodo de la adolescencia de los hijos cuando algunos grupos familiares se desestabilizan. Las críticas, a veces feroces, que los hijos dedican a sus padres, es escasamente soportado y la ruptura de la pareja, o el desequilibrio de uno de los progenitores se pone de manifiesto.

Es necesario que haya un espacio psíquico para que el niño desarrolle su identidad, libre del poder alienante del narcisismo de los padres, si no ha habido identificaciones claras

antes no va poder desprenderse de ellas. De ahí la importancia de la permanencia y de la presencia de un núcleo estable que esté consolidado para que los aspectos imaginarios del trayecto identificador puedan tener la movilidad necesaria y otros objetos puedan ser investidos por el yo sin poner en peligro los propios referentes simbólicos.

Pero si el pasado infantil fue ocasión de frustración y carencia, y la actualidad se le presenta como traumática se puede producir en el adolescente una regresión temporal en la forma de abandono de preparación psíquica para el futuro. Esta regresión puede servir como descanso que permita reunir fuerzas, y retardar el desinvertimiento de los objetos infantiles.

Es en este caminar entre la angustia ante el cambio y la angustia por el no cambio y el temor a quedarse adherido donde se sitúan un buen número de crisis que evidencian la patología adolescente. Esto significa tener que realizar el pasaje, como señala P. Aulagnier, de un yo idealizado, de un yo que uno cree ya realizado, en beneficio de los ideales, de lo que uno espera que el yo podrá llegar a ser, para poder entrar en la temporalidad.

Podemos observar en la búsqueda de ideales individuales y grupales, en los pensamientos más exaltados o ascéticos el cambio que en el súper yo y el ideal del yo se va experimentando en el muchacho, para pasar de aquello que le fue impuesto por el deseo de los padres a su propio sistema de valores y de normas. De alguna manera se trata del pasaje del yo ideal al ideal del yo.

Este transitar lo define Sonia Abadi con el riesgo de quedar preso entre dos alternativas tanáticas, el de la dependencia absoluta y el de la autosuficiencia narcisística, ambas anulan el temor profundo que esconde la incertidumbre ante la vida.

Bernfeld acuña el término "*adolescencia prolongada*" refiriéndose a sujetos que demoran la resolución del conflicto adolescente y por tanto la consolidación de la identidad, convirtiendo una fase del desarrollo en su modo de vida.



Actualmente observamos en la clínica un aumento de las patologías de tipo narcisista y borderline y de las que denominamos patologías de la acción: trastornos de la alimentación, adicciones, delincuencia. Creemos que este aumento está relacionado con la no-resolución del proceso adolescente.

Nos encontramos con que en la actualidad la edad en que tiene lugar la pubertad biológica se ha adelantado, y continúa adelantándose, sin embargo, el tiempo requerido para preparar al adolescente para que actúe como adulto se prolonga. Se sabe cuando se inicia la adolescencia por los cambios fisiológicos que tienen lugar en los niños, pero no podemos saber y ahora menos, cuando acaba. La ausencia de ritos de iniciación y la dificultad para emanciparse prolonga indefinidamente, en algunos casos, este periodo. F. Dolto habla de cómo los jóvenes permanecen "incrustados" en el medio familiar sin que haya demasiado interés por ambas partes para que se produzca la *parentectomia* (cortar por lo sano con los padres).

Casi todos los autores están de acuerdo en la necesidad de modelos identificatorios para que el muchacho pueda adquirir una identidad con la que constituirse en adulto y también casi todos están de acuerdo en la crisis de modelos que actualmente presenta nuestra sociedad. ¿Qué está pasando?

R. Kaës nos habla de la crisis de transmisión con la que hoy nos encontramos. Una serie de mutaciones en los sistemas de transmisión psíquicos, sociales y culturales ocasionan

fracturas, que traen como resultado nuevas patologías asociadas a perturbaciones graves de la transmisión del vínculo.

Es un momento crítico cuando entre las generaciones se instaura la incertidumbre sobre los vínculos, los valores, los saberes por transmitir, sobre los destinatarios de la herencia. El concepto de modernidad es aquel por el cual cada generación se despega de la precedente y se coloca en posición de instituirse en su heredera. Pero en nuestra modernidad no hay solamente crisis de la transmisión, de sus objetos y de sus procesos: es también la crisis del concepto de la transmisión misma. En este sentido numerosos autores de origen francés se han visto comprometidos en el estudio de lo transgeneracional.

En Francia lo transgeneracional está de moda. Se habla de análisis transgeneracional, de concatenación y de cadena de generaciones o de "*reverberación mnésica*" entre generaciones. Baranes habla de los desfondados o los deprimidos blancos que deambulan de no-investidura en desinvestidura como resultado de fallas narcisísticas y de identidad. Son casos en los que falta el trabajo de transmisión y de reapropiación de la herencia de las generaciones precedentes. La falta en la transmisión generacional se hace patente en la adolescencia, donde se vuelve a hacer una revisión (P. Aulagnier) del contrato narcisista con la redacción de una "cláusula conclusiva". Así el joven adulto podrá ser inscrito simbólicamente de una manera nueva en el parentesco y en la doble diferencia de los sexos y de las generaciones.

La existencia de cambios esenciales en la constitución de la familia y de sus vínculos provoca también los cambios en los modelos parentales y en otros casos su ausencia. Cada vez son más frecuentes las familias monoparentales, los hijos únicos, los divorcios, y los nuevos emparejamientos de los padres, que proporcionan variedad de medio hermanos. Ahora estamos viendo en España algo que ya es muy frecuente en otros países con la afluencia de emigrantes, las familias que se han desarraigado de su país o

zona de origen y la mezcla de culturas. Estamos asistiendo a la ruptura de modelos fijos o prefijados. Lo "puro" como tal no existe, es la época de la mezcla, la fusión está de moda y en todas partes (rock-fusión, jazz-fusión, arte-fusión).

La incorporación de la mujer a la vida laboral y la posibilidad de posponer la maternidad ha colocado a España, según las últimas encuestas, en el último puesto en Europa en cuanto al índice de natalidad. El hijo único se impone. Hijo muy deseado, pero continuamente pospuesto, nace con mayor intensidad de fantasías y proyectos sobre él, con lo que la expectativa de sus realizaciones excede la mayoría de las veces a las posibilidades de ser llevado a cabo.



Y cuando ambos padres trabajan, los chicos, al volver del colegio, se encuentran la casa vacía, y la nevera llena. Los niños tienen que crecer rápidamente y adaptarse a la nueva situación. Los padres

dejan de hacer y se abstienen de educar a los pequeños. Y si no hay niños, tampoco hay adultos. Los padres no se creen necesarios y dejan de aconsejar de presentarse como modelos a imitar y pasan, oh paradoja, a ser ellos quienes imiten a los jóvenes. Resulta patético ver a los padres vestirse y moverse como muchachos, madres que compiten con sus hijas y que intentan por todos los medios parecerse a ellas, padres que se emparejan con mujeres de la edad de sus hijas y que, en definitiva, claudican del rol de enseñantes y transmisores. Todo en la sociedad actual tiende a la exaltación de la

juventud, incluso a nivel comercial es explotada: (ropa joven, música joven, cremas para estar joven, etc.) con lo que el adulto despoja al joven de sus rasgos de identidad.

Los adolescentes en gran medida carecen de reglas de autopaternalización, no reciben ninguna enseñanza por el ejemplo o por conversaciones con sus padres. La televisión se convierte en la única referencia en casas vacías de adultos, y cuando estos aparecen no tiene lugar el diálogo, conversan, pero no se dicen una palabra, con lo cual los chicos tienden más y más a replegarse y aislarse.

Dolto señala como muchos de estos jóvenes incrustados en el hogar en lugar de admirar o enfrentarse a los padres tienden a compadecerlos. Se quedan en casa y observan de una manera muy pasiva la decrepitud de los mayores. No pueden identificarse ya que no tienen ideal. Así que o bien critican al padre porque no le gusta el trabajo o dicen que se dejan explotar. Ellos querrían una vida bucólica, se les ha forzado a que sus ideales y exigencias sean muy altas, y a la vez se les enfrenta con el fracaso y con el fantasma del paro. No tienen elección, para qué. Los jóvenes están abocados a una disyuntiva: si se les estimula una competición excesiva, el nivel de exigencias tan alto es destructivo y crea unas reacciones patológicas severas (depresiones, anorexia, etc.) y si no se es un ejemplo estimulante se llega a la decadencia y la apatía, a la ausencia de tensión y oposición.

Si a todo esto añadimos la actual desorganización de las estructuras sociales y la corrupción de los ideales sociales, encarnados en ciertas figuras públicas ya no sólo estamos ante modelos en crisis, sino que algunos llegan a ser nocivos para el adolescente.

El ritmo de vida trepidante actual, donde lo que es válido en este momento en cualquier área de la vida, es obsoleto al día siguiente, no hace sino empeorar las cosas. Si la consigna del adolescente es *"no sé lo que quiero, pero lo quiero ya"*, a eso hay que añadir que para los adultos parece regir el mismo slogan.

Ya no hace falta dietas para adelgazar, actualmente en unas horas de quirófano se resuelve el problema, si algo no me gusta me lo quito y ¡ya! Ya se está dando que algunos padres – económicamente pudientes – regalan a sus hijas quirófanos para que su cuerpo quede transformado a voluntad de la púber. El tiempo y el esfuerzo requerido para obtener un logro no son tenidos en cuenta, interesa solo el resultado, y tiene que ser el apetecido, y no otro.

También hemos observado en la clínica la frecuencia de mujeres que deciden tener hijos sin padre, o como se dice eufemísticamente *"va a asumir su maternidad en solitario"*. Estas mujeres, al llegar sus hijos a la adolescencia, y necesitar los modelos identificatorios para poder inscribirse en una genealogía más real, reciben por parte de las madres la negativa a informar sobre el paradero del padre, la forma de conocerlo, se resisten a hablar de él y dar información a sus hijos sobre sus orígenes. Parece que las preguntas de los hijos les destruyen la fantasía de partenogénesis, y el hablar del tercero que triangulariza y que haría salir al hijo de la simbiosis con ella, le rompería de paso su ilusoria creencia en la omnipotencia de completud con su hijo-falo.

La gradual caducidad de las familias tradicionales ha hecho que tanto los padres como los hijos tiendan a confiar cada vez más en los consejos públicos de expertos, dando lugar a lo que P. Bloss denomina crianza artificial. Es verdad que hay que aceptar que los medios de comunicación viven con nosotros, pero la duda y la desconfianza hacia sí mismos y hacia su labor como padres, entorpece el desarrollo del adolescente.

En un interesante artículo sobre la adolescencia como fenómeno cultural, Cartelnuovo hace un estudio de tres modelos familiares socio-culturales. En la cultura agraria de campesinado pobre donde la familia funciona como un organismo muy fijo no hay crisis en el tránsito del niño a adulto. Hay una madurez precoz; con un equilibrio familiar y cultural estable y firme.



En las zonas urbanas marginales donde se agrupan familias que han renunciado a la ruralidad pero que aún no son urbanas, tienen elementos que han fracasado en la incorporación al nuevo medio o que han sido

segregados por este. Sus integrantes son heterogéneos y tienen como aspiración incorporarse a lo urbano. Tienen una pérdida o deterioro de las instituciones originales y se observa mayores conflictos entre el joven, la familia y la nueva realidad, los jóvenes presentan una elevada morbi-mortalidad derivada de las defensas contra la ansiedad confusional: actuaciones psicopáticas, violencia, accidentes, drogadicción, delincuencia, etc. El conflicto generacional es profundo por que la valoración social de los padres, incultos, pobres y campesinos está en los niveles más bajos. Esta brecha generacional es una de las razones de la inclinación de los adolescentes por integrarse en pandillas en busca de una identidad grupal.

El tercer grupo estudiado es la cultura urbana industrial que presenta varias características que inciden en la eclosión del síndrome adolescente. Los medios de comunicación hacen imposible evitar la inmersión en mensajes contradictorios, con lo cual el joven urbano tiene que enfrentar una crisis multideterminada, donde en un futuro caleidoscopio, tentador y poco controlable nadie le va a garantizar el resultado final de sus esfuerzos.

Estos jóvenes se ven empujados a ser diferentes y mejores que sus padres, en lugar de tomarlos como modelos identificatorios. Han de adquirir costumbres y valores extraños a sus padres revirtiendo la perspectiva. El resultado puede ser una seria

desorganización de la personalidad. El elemento más estable es la inestabilidad y la actitud más confiable la desconfianza.

Primera parte

Desarrollo Cognitivo.

El desarrollo cognitivo se refiere al desarrollo de la capacidad de pensar y razonar. Los niños (entre 6 a 12 años de edad) desarrollan la capacidad de pensar en forma concreta –llamada por la escuela de Ginebra, las operaciones concretas- : por ejemplo, combinar (sumar), separar (restar o dividir), ordenar (alfabéticamente o por clase) y transformar objetos y acciones. Estas operaciones también son llamadas concretas porque los objetos y hechos sobre los que se está pensando se encuentran físicamente presentes frente al niño.

La adolescencia es la etapa que marca el comienzo del desarrollo de procesos de pensamiento más complejos, denominadas operaciones lógico-formales, entre los que se encuentran el pensamiento abstracto –posibilidades-, la capacidad de razonar a partir de principios conocidos -construir por uno mismo nuevas ideas o elaborar preguntas-, la capacidad de considerar distintos puntos de vista según criterios variables -comparar o debatir acerca de ideas u opiniones- y la capacidad de pensar acerca del proceso del pensamiento. El adolescente de pensamiento formal tiene la capacidad de manejar, a nivel lógico, enunciados verbales y proposiciones en vez de objetos concretos. Es capaz de entender plenamente y apreciar las abstracciones simbólicas del álgebra y las críticas literarias, al igual que el uso de metáforas en la literatura. Se implica en discusiones espontáneas sobre filosofía y moral, en las que se abordan conceptos abstractos como la justicia, la libertad y la igualdad.

Durante la adolescencia (entre los 12 y 18 años), el adolescente adquiere la capacidad de pensar sistemáticamente acerca de todas las relaciones lógicas implicadas en un

problema. La transición desde el pensamiento concreto hacia las operaciones lógico-formales se produce con el tiempo. El progreso que cada adolescente realiza en el desarrollo de su capacidad de elaborar pensamientos más complejos se lleva a cabo de formas diferentes. Cada adolescente elabora un punto de vista propio acerca del mundo. Algunos aplican las operaciones lógicas a la resolución de las tareas escolares antes de poder aplicarlas a los dilemas de su vida personal. La presencia de cuestiones emocionales frecuentemente interfiere en la capacidad que el adolescente tiene para pensar con mayor complejidad. La habilidad para considerar posibilidades y hechos puede influir ya sea de manera positiva o negativa en la toma de decisiones.

El progreso que implica la transición desde un desarrollo cognitivo más simple a uno más complejo se evidencia a través de ciertos indicadores, entre los que se incluyen los siguientes, teniendo en cuenta tres establecimientos de la adolescencia:

Adolescencia Precoz

Durante la adolescencia precoz, los pensamientos más complejos se dirigen hacia la toma de decisiones personales en el colegio o el hogar, entre las que se encuentran las siguientes:

- El adolescente que se encuentra en esta etapa comienza a demostrar la habilidad para aplicar operaciones lógico-formales en las tareas escolares.



- Comienza a cuestionar la autoridad y las normas de la sociedad.

- Empieza a formalizar y verbalizar sus propios pensamientos y puntos de vista acerca de diversos temas relacionados

con su propia vida:

☒cuáles son los mejores deportes para practicar.

☒cuáles son los grupos más convenientes para incluirse.

☒qué aspecto personal es atractivo o deseable.

☒qué reglas establecidas por los padres deberían cambiarse.

Adolescencia media

Debido a que el adolescente cuenta ya con algo más de experiencia en el uso de los procesos del pensamiento más complejos, el énfasis en la adolescencia media frecuentemente se extiende e incluye cuestiones más filosóficas y futuristas, entre las que se incluyen las siguientes:

- El adolescente que se encuentra en esta etapa suele cuestionar con una mayor profundidad.
- Suele analizar también con una mayor profundidad.
- Piensa acerca de su propio código ético y comienza a elaborarlo -"¿Qué creo yo que es lo correcto?"-.
- Piensa acerca de diferentes posibilidades. Comienza a desarrollar su propia identidad - "¿Quién soy?"-.
- Piensa acerca de posibles metas para el futuro y comienza a considerarlas sistemáticamente - "¿Qué es lo que quiero?" -.
- Elaboración de sus propios planes.
- Inicia el pensamiento a largo plazo.
- El hecho de que el adolescente piensa sistemáticamente comienza a influir en su relación con los demás.

Adolescencia tardía

Durante la adolescencia tardía, los procesos de pensamiento complejos se utilizan para concentrarse en conceptos menos egocéntricos y en la toma de decisiones:

- En esta etapa, el pensamiento se centra en conceptos más globales: la justicia, la historia, la política, la vida, la muerte, etc.
- Desarrolla puntos de vista idealistas acerca de temas o cuestiones específicas.
- Se involucra en debates y no tolera fácilmente puntos de vista diferentes.
- Empieza a plantearse la decisión de optar por una carrera, o no.
- Aparece en el pensamiento el rol que desempeñará en la sociedad como un adulto.

Desarrollo Moral

Según la teoría de Kohlberg, el desarrollo moral es una función del desarrollo cognoscitivo, así, “el desarrollo moral continua en la adolescencia como la habilidad para pensar en abstracto y los habilita para entender los principios morales universales, sociales e individuales sin embargo el autor de esta teoría plantea que un conocimiento avanzado, no garantiza una moral avanzada, pero si es necesario.

Para Kohlberg existen tres niveles de desarrollo moral:

1. **PRECONVENCIONAL:** el adolescente piensa en términos de temor al castigo o de la magnitud de un acto (estadio 1) o en términos del propio interés (estadio 2)
2. **CONVENCIONAL:** El adolescente piensa en términos de ajustarse a las convenciones sociales, para agradar a los otros (estadio 3) u obedecer a la ley (estadio 4).

3. **POSCONVENCIONAL:** según Kohlberg cuando los jóvenes desarrollan sus propios principios morales serán capaces de pensar al nivel posconvencional.

“Antes deben reconocer la naturaleza relativa de las normas morales”, es decir, deben llegar a entender que cada sociedad desarrolla su propia definición de lo que es correcto e incorrecto.

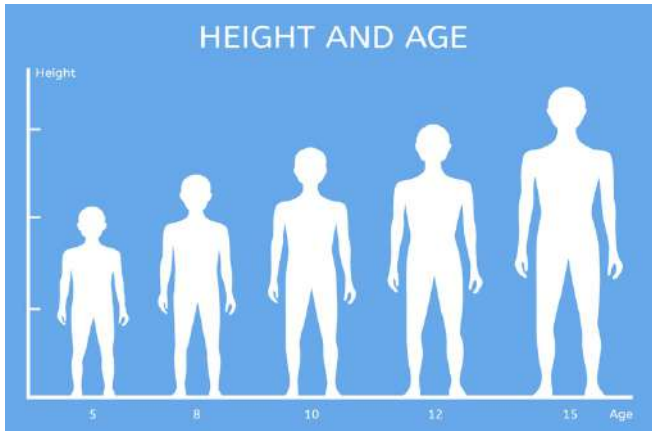
Es por lo anterior que según el autor de esta teoría el nivel educativo superior brinda una mayor posibilidad de evolución en este último nivel, pues allí, en la universidad se toma conciencia sobre las diversas interpretaciones que se pueden dar a un problema moral, según la cultura y los valores imperantes.

Desarrollo sexual

Los rangos de edades varían mucho de un texto a otro, sin embargo, se podría establecer en promedio que las niñas inician su adolescencia de los once a los trece años y termina cerca de los veinte; y los niños de los doce a quince años y termina un poco después de los veinte. Aunque los intervalos de inicio de la adolescencia son amplios y cambiantes, los autores sobre el tema coinciden con que esta etapa se anuncia primeramente con los cambios físicos del organismo producidos por las distintas hormonas; además de cambios cognoscitivos, sociales, psicológicos, y emocionales, entre otros.

Desarrollo físico

El desarrollo físico afecta todas las dimensiones de los sistemas óseo y muscular; el joven comienza a secretar en abundancia hormonas como la progesterona en niñas y testosterona en niños respectivamente que generan un crecimiento orgánico acelerado; por otro lado, es necesario introducir que las maduraciones físicas traen consigo efectos de tipo social y psicológico.



Los cambios biológicos que señalan el fin de la adolescencia se dan paulatinamente, a través de un proceso de maduración desde la pubescencia hasta la pubertad.

Pubescencia

Dura cerca de dos años, es un periodo caracterizado por un desarrollo o “*maduración de las funciones reproductivas*”, donde ocurre un drástico aumento de talla, peso y maduración de los órganos sexuales primarios; además, en esta fase aparecen las características sexuales secundarias que dan lugar a la pubertad.

Esta es la etapa de la vida donde se observan los mayores cambios de diferenciación sexual desde el desarrollo embrionario.

La edad de inicio de la pubescencia es aproximadamente, de los nueve a diez en niñas, iniciando la pubertad a los doce; y de los siete a catorce años en niños, iniciando la pubertad a los dieciséis.

En este periodo del desarrollo humano, la diferenciación de maduración de un joven en comparación con otro es completamente normal, debido a la gran variabilidad biológica individual, sobre todo de niño a niña; por tanto, no parece que sea motivo de preocupación un proceso tardío.

Desarrollo físico

El desarrollo físico afecta todas las dimensiones de los sistemas óseo y muscular; pues, el joven comienza a secretar en abundancia hormonas como la progesterona en niñas y testosterona en niños respectivamente que generan un crecimiento orgánico acelerado;

por otro lado, es necesario comprender que la maduración física trae generalmente consigo efectos de tipo social y psicológico.

Los cambios biológicos que señalan el fin de la adolescencia se dan paulatinamente, a través de un proceso de maduración desde la pubescencia hasta la pubertad.

Características sexuales primarias

Son las que indican que el adolescente tiene la capacidad de reproducirse, como: la ovulación, desarrollo de útero, vagina en la mujer; y la producción de esperma y maduración de los testículos, glándula prostática, pene, vesículas seminales, entre otros, en los hombres.

Se considera el esperma en la orina como el principal signo de maduración en los hombres y en las chicas la menarquia o primera menstruación.

Características sexuales secundarias

MUJERES	HOMBRES
-Desarrollo de los pechos y las caderas. -Vello púbico. -Vello axilar. -Cambio de voz y piel acné. -Crecimiento de otras partes del cuerpo.	-Crecimiento de los testículos, ensanchamiento de los hombros. -Disminución del tono de voz. -Crecimiento del pene y vello facial. -Vello púbico y axilar.

La pubertad

Es el punto donde el joven o la joven alcanzan su madurez sexual, y están capacitados orgánicamente para reproducirse.

En el momento en que maduran los órganos reproductores... en la niña el signo determinante lo constituye la menarquia, primera regla...y el signo de la madurez en el hombre es la presencia de espermatozoides; estos, son fenómenos que le confirman a los jóvenes su capacidad de ser padres, al menos desde el punto de vista biológico.

II Parte

Se debate públicamente si la adolescencia de hoy es distinta o igual que en las generaciones pasadas; de si es mejor o peor, de si los adolescentes hacen o buscan lo mismo que en la adolescencia de sus padres. Es un debate que se abre y se cierra si tenemos en cuenta que en la adolescencia se trata de la adquisición de una identidad que desde el psicoanálisis se denomina subjetividad, y que ésta está atravesada por las nuevas formas de relación que se establecen en el interior de una cultura que ha pasado del modernismo al postmodernismo, en la actualidad. Con lo cual todo adolescente está instado a instalarse en una subjetividad en el marco de una cultura que se



transformado poderosamente en los últimos años. Desde ahí, ninguna adolescencia puede ser igual a otra en la medida de este atravesamiento cultural.

Una adolescencia que se prolonga

En los países llamados desarrollados, en nuestro marco España y la sociedad occidental, la adolescencia se ha convertido en gran medida en la edad modelo e ideal, y efectivamente para muchos en la edad más prolongada de la vida, tanto desde el punto de vista subjetivo como desde la perspectiva de las ideologías dominantes y de la organización socioeconómica misma, en tanto el adolescente de nuestros días es un consumidor activo; esto es válido aún para las capas más marginales de la población, tanto aquellos que por falta de recursos están relativamente fuera del ciclo de producción y consumo generado por el discurso capitalista, como aquellos que pertenecen a los sectores aristocráticos tradicionales para quienes el modelo familiar antiguo todavía tiene peso. Para todos, la adolescencia se ha extendido en el tiempo y en el espacio.

Para Philippe Ariès, antes de la revolución industrial, la adolescencia era reconocida como una edad entre otras, pero con duración bien delimitada.

En el siglo XX se la identificó, al menos en el idioma inglés, con los años *-teen* (de allí proviene *teenagers*, los jóvenes de trece a diecinueve años), con prolongaciones más o menos variables según las condiciones familiares y sociales en los distintos lugares.

En el período en que nos toca vivir, desde aún antes del comienzo del último cuarto del siglo XX ser adolescente es el ideal tanto de niños pequeños como de adultos “maduros”, de escolares y de profesionales, de prepúberes y de quienes tienen que prestar atención al peso y al nivel de colesterol.

Hablar de adolescencia no es un modo particularmente psicoanalítico: algunos colegas rechazan la noción misma de una clínica de la adolescencia y pueden argüir que lo único de interés específicamente psicoanalítico, en cuanto al período o edad adolescente, es la pubertad, a la que Freud dedicara el tercero de sus *Ensayos sobre la vida sexual*.

La adolescencia no es como tal un concepto psicoanalítico: ni concepto fundamental, ni derivado de los fundamentales; es un término simplemente descriptivo, inscrito en el lenguaje mucho antes de la emergencia del psicoanálisis, y semánticamente bajo la influencia de categorías extra-analíticas—psicológicas, sociológicas y de la lengua común. La referencia freudiana a la pubertad sería mucho más específica, de acuerdo con este punto de vista, porque atañe a transformaciones reales que afectan al cuerpo sexuado, y más específicamente al pubis- por eso la palabra *pubertad*-, lo que requiere del sujeto una reorganización: una nueva organización significativa e imaginaria para negociar el empuje pulsional inédito y las formas cambiantes del cuerpo. De todos modos, la pubertad, en el sentido psicoanalítico, no puede considerarse como un proceso únicamente fisiológico. Es un proceso *corporal* y el *cuerpo*, en tanto que sede del ser hablante, no es reducible al *organismo* fisiológico. La pubertad no es reducible a la maduración de los caracteres sexuales y del aparato reproductor. El proceso de



sexuación y de desarrollo de la capacidad de reproducción involucrado en la pubertad es un proceso de inscripción significativa, lo que necesariamente implica,

aún en la normalidad, la no-inscripción, ya que *no todo* puede inscribirse. Esto significa que la temporalidad de la pubertad no puede reducirse a la cronología de la maduración somática. En las sociedades en las que aún ahora los ritos de iniciación marcan la entrada del sujeto en la madurez sexual, la pubertad recibe una definición temporal mucho más reducida y precisa que en nuestras sociedades industrialmente

desarrolladas, en las que las marcas culturales para la pubertad existen pero son más indefinidas en el tiempo.

Al discurso psicoanalítico le interesa la historia del sujeto adolescente más que su desarrollo psicobiológico. Sin embargo, creemos legítimo hablar de una *clínica de la adolescencia* porque ciertamente existen temas, presentaciones sintomáticas, constelaciones de lazos familiares y preocupaciones existenciales que son relativamente típicas de esta edad de duración cada vez más indefinido que llamamos adolescencia. Esta clínica de la adolescencia está dominada por las nuevas formas de goce que se imponen a un cuerpo en un proceso de formación sexual.

Podemos reconocer la prevalencia del modelo-ideal adolescente en los gestos, el lenguaje cotidiano, la ilusión de una vida fácil y libre de responsabilidades, de obligaciones familiares y ocupaciones sociales; en el desdén por el trabajo y todo lo que no aparezca como goce irrestricto.

Charles Melman habla de una *nueva economía psíquica*; es un concepto que no es fácil de aceptar, pero tiene el mérito de inscribir en terminología freudiana un estado de cosas que es de orden transindividual y pertenece tanto a la cultura y su malestar como a la intimidad extraña y extranjera de los sujetos contemporáneos.

Como concepto, la idea de una nueva economía psíquica es discutible porque no estamos aún en posición de juzgar con claridad qué es lo que nos pasa en tanto sujetos y criaturas de este siglo XXI que, pese a ser tan joven, ya se comporta como un viejo, con viejas triquiñuelas y vicios anacrónicos. En la actualidad nos vemos tentados a decir frases como “los fenómenos sin precedentes de nuestro tiempo”, “las versiones inéditas del síntoma” o “las singularidades incomparables de nuestras estructuras familiares”. Es bueno reconocer e identificar positivamente lo nuevo y lo singular, único o irreproducible; pero no es cuestión de olvidar los límites impuestos por el lenguaje y nuestra condición de seres hablantes, condición del inconsciente mismo y sus

formaciones, cuya existencia es sólo posible por la conformación estructural invariante de la historia cambiante.

Lévi-Strauss nos dice que en relación a la institución familiar si se puede concebir -en el pensamiento- una variante de esta institución, y si es materialmente posible, entonces se la ha de hallar, realizada, en la vida concreta de alguna comunidad. Esto significa que si se rastrea en la historia siempre han de encontrarse antecedentes, en otras culturas y tiempos, de formas de organización familiar y social que parecen ser únicas y exclusivas de nuestro tiempo, inconcebibles o imposibles pensadas retrospectivamente, cuando en realidad ya han existido de algún modo.

Inversamente, si los adolescentes de nuestros días – incluyendo aquellos que son adolescentes por vocación – exhiben patologías peculiares y bizarras es porque, en primer lugar, existen condiciones estructurales que hacen que estas patologías devengan necesarias y no sean meramente contingentes, y, en segundo término, porque las patologías contemporáneas, aunque determinadas estructuralmente, no se fabrican en molde. Esto ha sido siempre así: la psicopatología inscribe en formas aberrantes tanto la sumisión del sujeto a las palabras que le son impuestas – por tanto, no sólo a las psicosis – como las tentativas frustradas del sujeto de librarse de su yugo.

En los años 50, Erikson se hizo famoso con su libro *Childhood and Society* y su concepto de identidad. En el mundo psicoanalítico de habla inglesa sus ideas se volvieron norma y marco de referencia obligado en la clínica de los adolescentes. Erikson postulaba que la crisis del adolescente—crisis de identidad—es patogénica si el adolescente no logra encontrar un ideal unificador que sosiegue el torbellino pulsional de las identificaciones parciales, múltiples, inconsistentes y contradictorias. El conflicto entre, por un lado, las identificaciones derivadas de los valores tradicionales, familiares, étnicos, socioculturales, y por otro lado los valores atomizados producidos por la anomia cultural moderna, lleva a un estado subjetivo de fragmentación que puede terminar en

patologías irreversibles, a menos que el adolescente consiga sintetizar en su ego tal disparidad de influencias. Si lo logra, según Erikson, la crisis de la adolescencia habrá sido fértil y positiva; si no lo logra quedará detenido en su desarrollo, será incapaz de madurar y sufrirá alguna forma de psicopatología – en forma de regresión-.



No discutiremos aquí las dificultades conceptuales de este analista de la *ego-psychology* cuyas observaciones clínicas son a pesar de todo interesantes y hasta útiles. Si nos referimos a

la doctrina que Erikson estableciera hace más de cincuenta años es porque esa doctrina refleja en buena medida el mundo adolescente de entonces.

En los cincuenta años que siguieron a la publicación de *Infancia y Sociedad* ese mundo ha variado; el mundo mismo es cada vez más adolescente y las posiciones subjetivas que ocupamos en él se han desplazado y, en cierto sentido, revertido. Los valores tradicionales ya no representan un polo conflictivo poderoso para el sujeto; no ofrecen resistencia al discurso capitalista en su versión actual, que reduce al sujeto a ser un consumidor.

Esta reducción, aunque no elimina la división del sujeto- consciente e inconsciente-, tampoco crea un conflicto subjetivo del mismo nivel que el conflicto instalado en el adolescente de Erikson. No es que no cree un conflicto: mientras haya sujeto habrá conflicto, incluyendo la oposición del sujeto a las imposiciones y exigencias del discurso capitalista, aún cuando este discurso persiga la eliminación radical del sujeto en tanto

sujeto deseante. La paradoja del discurso capitalista radica en que, aunque intente eliminar al sujeto del deseo y aunque desaliente todo vínculo social que no favorezca el circuito de producción y consumo, de lograrlo -si realmente eliminara a los sujetos y a sus lazos sociales- el resultado sería su propia aniquilación.

La destrucción de la experiencia

En gran medida este efecto de aniquilación ya se ha venido produciendo desde hace tiempo. Corresponde a lo que el filósofo italiano Giorgio Agamben llama “*la destrucción de la experiencia*”, lo que en nuestros propios términos podríamos denominar una *forclusión generalizada*, característica del malestar en la cultura contemporánea. Por destrucción de la experiencia Agamben entiende el hecho manifiesto de que buena parte de nuestras vidas se va en experiencias que no son registradas, que no se inscriben en la memoria: acciones que efectuamos como autómatas sin saber por qué y sin querer saber por qué; acciones que no hemos de olvidar porque nunca han sido inscritas en la memoria—desde el quedar estancado por horas inútiles e insalubres en autopistas y aeropuertos -gracias a los tremendos avances tecnológicos de los que “disfrutamos”-, hasta formas de goce cuyo designio es vaciar el tiempo y el pensamiento, con o sin la asistencia de agentes químicos, formas de goce destinadas a ser olvidadas, o sea, no registradas en el momento mismo de ser experimentadas, ya que de todos modos no merecen ser recordadas porque, como decía Lacan del goce en general, corresponden a lo que no sirve para nada.

La vida actual del adolescente –seguimos incluyendo al adolescente por vocación-, su vida escolar, de ocio y entretenimiento, y hasta de trabajo, se compone de muchísimas cosas que no sirven para nada, que aniquilan la experiencia de la vida como tal.

En el libro anteriormente mentado de Charles Melman habla de la *liquidación colectiva de la transferencia*, concepto complementario al de la destrucción de la experiencia, en tanto que experiencia inscrita en el sentido estrictamente freudiano de inscripción psíquica.

En este sentido, nuestro estado de cosas promueve una economía psíquica que tiende a un estado de vaciamiento, de no-inscripción o forclusión y anti-transferencia generalizadas, manifiesto de múltiples maneras en formas esquizofreniformes -en el arte y las relaciones humanas en general, amorosas o de otro tipo, en la vida política y las relaciones de producción mismas-.

Es bien sabido que en todos los niveles de la vía económica moderna es difícil, si no imposible, planear nada, ni siquiera a medio plazo, dada la atomización de intereses y la irrefrenable pasión por el goce inmediato que prevalece en nuestras vidas individuales y nuestras relaciones. El sujeto contemporáneo, adolescente o no, vive en un estado de bulimia pasiva generalizada, sometido a un goce feroz impuesto – de igual manera de las palabras impuestas al psicótico-.

La división subjetiva del adolescente no pasa, como en otros tiempos, de un lado, por el eje de querer y al mismo tiempo no querer seguir siendo un niño, *versus* el eje opuesto de querer y al mismo tiempo no querer ser adulto. Es el ser adulto, el ser del adulto, el que está en crisis de “identidad”, correlativa del declinar de la función del padre, e incluso del declinar de la función de la madre, y de la debilidad de la organización de la familia.

En algunos países industrializados se han realizado estudios sobre adolescentes donde se muestra que cerca de un tercio de los jóvenes varones tienen decidido alrededor de los veinte años no ser padres jamás; estudios irrefutables porque se basan en la demanda de realización de vasectomías; y las mujeres jóvenes no se quedan muy atrás, el 27 por ciento de ellas han tomado la misma decisión de no tener hijos nunca.



A ello han de sumarse las nuevas formas de organización familiar en las que el padre ni siquiera figura en la nomenclatura familiar: parejas de homosexuales con hijos, combinación de una

mujer lesbiana y un homosexual varón, o parejas heterosexuales en las que el hombre ocupa la posición tradicionalmente reservada a la madre. Los niños de hoy pueden muy bien criarse en medios familiares en los que las necesidades individuales de protección, educación y cariño son respetadas y satisfechas del mejor modo posible, pero donde la orientación sexual y la prescripción exogámica de juntarse y reproducirse no están reguladas de modo claro, sino que adhieren a una doctrina implícita de libre albedrío, versión ideológica moderna del empuje hacia el goce.

Este empuje hacia el goce no restringido va de la mano con la promoción de la adolescencia como edad ideal, ideal de goce sin reservas; de ahí la popularidad de las drogas que, sea estimulando, sea adormeciendo, “liberan” al sujeto de sus ataduras transferenciales y compromisos sociales. Esta situación tiene como efecto clínico inmediato algo que constituye malas noticias para el psicoanálisis, ya que el discurso capitalista no promueve, sino que por el contrario denigra la palabra y sus efectos posibles, en favor del goce directo, no mediatizado por el habla.

La demanda de análisis no es algo que se le ocurra fácil ni espontáneamente al adolescente de hoy en día, al menos en España, aún cuando siempre encontremos en nuestra práctica excepciones notables, que confirman que el psicoanálisis es posible y tiene algo que decir a quien quiera escuchar a su inconsciente. En todo caso, son los

padres que demandan no análisis, sino intervención psicológica porque “*ya lo intentaron todo, y no saben qué hacer*”; es decir, pongan orden, donde nosotros no lo ponemos – demanda actualizada en el ámbito escolar a los docentes vaciándoles de contenido y desplazando la función parental a estas figuras.

La familia

En su artículo de 1938 sobre la familia Lacan señalaba que el nacimiento del psicoanálisis está ligado al declinar de la función del padre en los tiempos en que Freud era un niño. Este dato es confirmado en la investigación biográfica posterior de la relación de Freud con su padre.

Irónicamente, el padre de entonces, que ocupaba una posición de privilegio y poder, estaba, precisamente por ello, expuesto a que en el ejercicio de su función se revelara su impotencia fundamental, su carácter fraudulento en relación al ideal imposible de realizar que encarnaba. En el siglo y medio transcurrido desde el nacimiento de Freud, la caída del padre se ha oficializado, por decirlo así.

Esporádicamente han surgido aberraciones sintomáticas: padres que quieren ser más padres que el Santo Padre, cuyos estragos Lacan subrayaba en su “*Cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*”. Hoy en día, cuestionar al padre es de rutina, y ya casi ni interesa: ya no existe ninguna correspondencia entre el prestigio y la autoridad.

Lévi-Strauss ha señalado que en la sociedad contemporánea el avance tecnológico de los medios de comunicación favorece las influencias que él llama “*horizontales*”, en contraposición a los modos de influencia tradicionales, o “*verticales*”, es decir, de una generación a la siguiente. La autoridad para el adolescente no pasa por el padre hoy en día, sino por otro adolescente, uno más listo que él, conocedor de todas las triquiñuelas electrónicas posibles e inversionista en Wall Street vía Internet.



cultura”.

No parece que estemos cerca de la extinción de la familia como institución social, como algunos autores arguyen. En tanto que institución, la familia, al decir de Lévi-Strauss, es “*simultáneamente la condición y la negación de la*

En las sociedades industrializadas occidentales es inquietante la proporción de individuos que no están interesados en constituir una familia, y no es inconcebible que de seguirse propagando esa tendencia la humanidad se acabara en una generación, o que su existencia dependiera de seres humanos engendrados en laboratorio. Pero mientras subsista un deseo de reproducción existirá la necesidad de algún tipo de organización familiar, alguna forma de asistir al *infans* desamparado en su afán de supervivencia.

Las nuevas formas de organización familiar, por bizarras que nos parezcan, no significan la muerte de la familia sino todo lo contrario: sus nuevas formas de vida. Si estudiamos la historia de la institución familiar encontramos en todos los tiempos y lugares tipos de familia que nos parecen totalmente extraños, impracticables a nuestros ojos y que, sin embargo, se las han arreglado para preservar esta especie defectuosa a la que pertenecemos.

Correlativamente -y esto es de importancia en la clínica del adolescente-, que el discurso dominante (el capitalista) tenga como efecto la forclusión generalizada del sujeto no implica que el yo esté en vías de extinción.

Por el contrario, el yo contemporáneo está más fortalecido que nunca. El yo, en el que Lacan reconociera el síntoma mayor del hombre de los años 50 –se trataba de la “personalidad neurótica” de entonces- y hasta la enfermedad de ese hombre por antonomasia, ha “progresado” para convertirse en agente de goce incesante e insaciable, con la peligrosa variante de intolerancia del goce ajeno presente en las renovadas formas de racismo, nacionalismo y fundamentalismo religioso y político que dominan nuestra vida pública.

El yo del siglo XXI es el yo del “*narcisismo*”, la condensación entre narcisismo y cinismo, término bien pertinente acuñado por Colette Soler: narcisismo sin vergüenza en su voluntad de goce, que ni siquiera requiere justificar el cinismo que sustenta, puesto que la moralidad actual lo impone—moralidad que debe ser distinguida de la ética, de la reflexión sobre nuestros actos, y respecto de la cual el discurso analítico es una de los pocos que puede ofrecer un espacio.

Si el pensamiento contemporáneo se ha achicado a la medida de nuestro lenguaje fundamental—véase Microsoft Windows—, el cuerpo, sede del yo, se ha expandido en términos virtuales y reales. Los artefactos modernos producto de una tecnología de un poder sin precedentes expanden fantásticamente los límites del cuerpo y lo moldean hasta las fronteras de su resistencia material.

Un cuerpo modelado

Una joven de quince años acude a consulta por una ambición vocacional que la atormentaba. Quería ser modelo y dedicaba todos sus esfuerzos a lograrlo - cursos, dietas, gimnasia, lecciones de pose en público: todo lo había hecho y seguía haciéndolo para cumplir su ilusión -. Trabajaba en un supermercado después de la escuela para pagar los gastos considerables que generaba su ambición y que, de todos modos, requería la colaboración de los padres, gente de recursos modestos.

Ahora bien, era evidente que esta muchacha, sea cual fuere el criterio que se aplicara y por más benévolo y condescendiente que fuera el juicio estético que se formulara en su caso, nunca llegaría a ser modelo: bajita, gordita, con los ojos algo extraviados y la piel cubierta por el acné, no encuadraba en ningún modelo de los modelos femeninos establecidos. Se había embarcado en un régimen infernal que comprendía una serie de aparatos y ejercicios antinaturales para reducir su cintura y alargar su estatura, incluida una máquina para estirar las piernas, que le habían prometido habría de prolongarle los huesos.

Fue preguntada si había crecido algo como resultado de estos procedimientos aberrantes y dijo: “Un centímetro, no está mal, es el promedio”. Era simpática, podía hablar bastante bien y la intervención analítica, aunque breve, le fue favorable. Nadie de quienes supuestamente tenían influencia sobre ella, sus padres y maestros, le habían llamado la atención sobre la insensatez de su proyecto -dejamos a un lado la cuestión de la insensatez global de la industria de modelos-.

Sus padres no querían decepcionarla, confesando una vez que se armó de coraje para escuchar la verdad, aunque ella sabía que ellos pensaban que se trataba de una causa perdida. Pero había una tía paterna que la incitaba con entusiasmo a que prosiguiera con la carrera de modelo. La tía había querido ser modelo ella misma, pero se había conformado con ser peluquera. En este caso, los fantasmas familiares, en su forma tradicional de transmisión, se empalmaban con un ideal cultural que, como el Dios de Schreber – el caso clínico tomado por Freud –, no respeta el cuerpo humano; hasta parece ser totalmente ignorante en materia del cuerpo humano, como diría Schreber.

Pese a todo, la paciente tuvo suerte, por no haber optado por la anorexia o la bulimia vomitiva como medio de adelgazar su cuerpo. Su proyecto de transformación corporal fue accesible al discurso analítico y ella pudo *incorporar -inscribir* en su cuerpo- lo que aprendió en el análisis: significantes menos feroces que los propiciados por la industria

de la belleza, que siempre ha existido, pero que ahora tiene el respaldo incondicional del discurso de la ciencia, con lo que esta implica: la noción de la neutralidad ética de la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas, sustentada por un crudo cinismo y hedonismo y una concepción arrogante de infalibilidad de la ciencia.

Entre los psicoanalistas, los adolescentes se han ganado la fama de ser intratables e inaguantables. No es este un simple prejuicio: son realmente difíciles, aunque no en la misma forma que en los tiempos de Erikson y de James Dean. No se trata de que no sean contestatarios, porque de la rebeldía, por poca causa que tenga, siempre algo se puede aprender. Es preocupante el cinismo y la simultánea desesperanza de estos



jóvenes que nos llegan a la consulta y cuya única satisfacción en la vida es suspenderla, viajar a otros planetas, con la dimensión suicida que ello implica.

Los analistas no tenemos el derecho a generalizar. Siempre insistimos en que

trabajamos con singularidades, con sujetos únicos e irrepetibles. Además, sólo podemos trabajar con una ínfima proporción de la población. Por lo tanto, no podemos hablar en términos de valor universal.

Por otra parte, seguimos recibiendo y tratando adolescentes que presentan cuadros clínicos tradicionales, si se puede hablar en estos términos - neurosis obsesiva, fobias, histerias, aunque estas sean más atípicas, y casos de psicosis. Pero aún en estos casos que presentan sintomatologías tradicionales, en la mayoría de los adolescentes, los

efectos de la destrucción de la experiencia, núcleo del malestar en nuestra cultura, son patogénicos de manera directa. No se trata de “factores sociales y culturales que contribuyen a una predisposición” a la neurosis o a la psicosis, sino de causas directas en las que convergen la voluntad de goce -para usar la expresión de Lacan - pulsional con la voluntad de goce del discurso dominante.

Las identificaciones y la elección de objeto

El narcisismo es causa del yo y por lo tanto la causa del cuerpo. Un cuerpo a cuyo descubrimiento el sujeto llega apoyándose en su percepción del deseo materno. Tal descubrimiento lo lleva a pretender asumir ese lugar. La asunción de ese lugar se llama identificación.

Al enfrentarse al deseo de la madre, ese niño se preguntará: ¿qué es lo que ella quiere? y el niño anhelantemente se responde: quisiera que fuera yo lo que ella quiera. Es decir, más allá de sus cuidados, su protección, su alimento, incluso de su presencia, el niño anhela otra cosa, desea el deseo de la madre; ser el objeto de ese deseo. A través de esa identificación el niño ocupará ese lugar nominado a través del deseo materno. Así la madre lo narcisiza y constituye su cuerpo como imagen unificada; le da un orden a su cuerpo. Anteriormente, el cuerpo del niño estaba fragmentado, isoforme a la evocación de los dibujos que indicamos acerca de los psicóticos (remitimos a la fase del espejo, elaborada por J. Lacan).

Es necesario, entonces, que el deseo materno deje aparecer un lugar para que, en la asunción del mismo, el infans devenga sujeto con un cuerpo.

Ese lugar es una cierta imagen preexistente en el deseo de la madre. De este modo al encarar a su hijo recién nacido, la madre se enfrenta con algo que ya tiene preexistencia virtual. Se encaran, pues, dos universos: el real y el virtual.

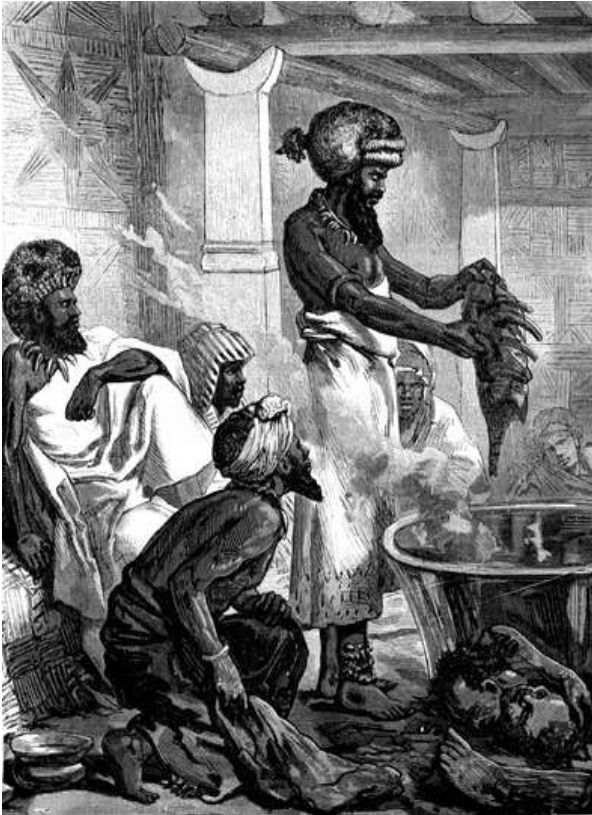
Lo real atañe al cuerpo, a la anatomía, y en principio a la boca. Boca que aparece sabiendo succionar de una manera relativamente torpe, pero después la boca aprenderá a reconocer la presencia de la madre a través de otros instrumentos, y se transformará en una boca que huele bien. Es sólo después de cierto tiempo, dependiendo de cierta maduración y de experiencias que está boca aprenderá a mirar y sabrá ver.

Lo virtual es una imagen sediada en el inconsciente materno. Este virtual, pensémoslo así, es una mezcla de Antonio Banderas con Alejandro Sanz, y para aliñarlo con una pizca de Jorge Valdano para que le dé un tono deportista e intelectual. Estos ingredientes son mezclados con mucho cuidado al ritmo del balanceo, y con un cierto arrullo de fondo en los intervalos en que ese real cuerpo, despierto por el hambre, se acopla al pecho. En cuanto el bebé se ocupa del pecho, la madre se ocupa de cocinar una comida imaginaria. El bebé ingiere el seno, y la imagen digiere al bebé.

La metáfora de la boca nos permite entender que el ojo no es un ojo cualquiera. Es un ojo que ha sido guiado por la experiencia oral y olfativa, han sido sus muletas, en los que se ha apoyado para poder ver una imagen. Es justamente el deseo materno el soporte de la imagen, la cual, a su vez, es causa del cuerpo.

Así, pues, el cuerpo no es sólo una unidad funcional anatómica compuesta de riego sanguíneo, sistema nervioso central, etc., es siempre otra cosa. Hemos hablado del cuerpo definiéndolo como una pagina en blanco donde empiezan a inscribirse los deseos, guiados por lo parental, y transmitidos por el deseo de la madre.

Vamos a indicarlo desde el ámbito del alimento, del pecho. La devoración, la incorporación de la comida no es sólo de ésta, sino también de los atributos, ese cocido imaginario que prepara la madre, que van con ella.



Los primitivos, los caníbales, no sólo devoraban al otro, al enemigo cuando eran vencidos en sus guerras, sino también les comían sus atributos, atributos de fuerza, de poder, etc. Introyecta algo a través de la carne. El niño realiza la misma operación: come un atributo que porta el otro. Es el otro-rival poseedor de esos atributos que el sujeto sueña poseer. Así, el niño se instala cual dueño y señor en el lugar del otro, transformándose a su imagen y semejanza. Por esta razón el infans termina siendo una metáfora.

Este es el paso que nos permite ir al cuerpo del adolescente. Allí donde se inaugura algo nuevo referente a la feminidad, en el caso de la niña, mostrándose como esa "otra" mujer, más allá de su madre.

Primero, digamos algo sobre la adolescencia. ¿Qué es? ¿un estado, una fase, un lugar? Depende mucho de cómo pensemos la adolescencia porque nos llevará a un sitio o a otro. Si lo tomamos como fase, parece que la adolescencia viene a sustituir a la infancia; entonces ¿qué queda de ésta? ¿donde van a parar los logros que se han dado en ella? ¿Desaparecen, son sustituidos, no hay rastro de la infancia?

Proponemos que esta superación, la adolescencia, no sea tomada, no sea significada como el reemplazo de una vieja estructura que desaparece por otra nueva. Superación significa transformación en algo nuevo que conserva en sí lo antiguo; sus elementos persisten, aunque revalorizados o resignificados en esta nueva estructura que es la

adolescencia. Existe una relación dialéctica entre la historia, que es reconstrucción -y no evolución- de las relaciones intersubjetivas que constituyeron al sujeto en la primera infancia, y la situación actual presente en la adolescencia, donde se actualiza y revela lo histórico, al tiempo que le conforma una significación.

Desde aquí podemos ver algunas cosas que le suceden a nuestras jóvenes anoréxicas. Si aceptamos la hipótesis dialéctica, entre lo actual presente y la historia del sujeto, entonces aquellas palabras que conformaron al sujeto y al cuerpo, y por ende un lugar subjetivo, van a hacer acto de presencia en la pubertad.

Fundamentalmente, la llamada crisis de la adolescencia se refiere a la identidad del sujeto ¿quien soy? ¿qué soy? se pregunta el adolescente, en ese momento donde irrumpe de forma brusca la sexualidad. Podemos decir que estas preguntas se formulan en la anoréxica- y en toda niña que se encuentra púber pero elaborado finalmente de otra forma - cumplimentados a través de la sintomatología: en el acto, sin palabras, del cuerpo.

Estas preguntas son acerca del lugar en que estaba antes de nacer "en cuerpo". Esto es, formula interrogantes acerca del deseo parental que la constituyó como sujeto. El síntoma anorexia, en tanto inscrito en el cuerpo, puede descifrarse como una pregunta que realiza la joven sobre la historia mítica familiar: su orden, sus faltas, lo dicho y lo no-dicho, sobre su lugar en tanto sujeto. ¿Rol de compensación? ¿de venganza, de reparación? ¿relleno, reemplazante o resucitado? Estas son algunas de las preguntas que "caen" en el entorno de la anoréxica, a través de ese significante - y por lo tanto a descifrar - que es el cuerpo. La sujeto anoréxica cuestiona, dándole a cada padre - y no sólo a la madre - el sentido que puede tener para ellos el hecho de estar juntos y de haber traído al mundo a una niña.

En este tramo de la identidad, en la adolescencia adquiere un gran peso el amigo/a del alma, las almas gemelas que se dice. Se idealiza a esos otros, a los amigos, y la relación

que surge es masiva, en ocasiones hasta la desmesura. Con este amigo/a se avanza un tanto más hacia la autonomía personal. Este exceso que se da en la adolescencia en tanto para ganar la identidad se amplía a todos los campos imaginables: devoran lecturas de un autor determinado, devoran música a todas horas, series de televisión, la mayoría de las veces eso que se llama TV basura, es decir, cualquier actividad que goce de su beneplácito ha de llegar al extremo.

Esta búsqueda de la identidad se inicia en la pubertad con la irrupción en el cuerpo de la sexualidad, signada en la mujer con la menarquia, señal de su madurez sexual que se incluye por sus significaciones, en otro orden que el de los fenómenos naturales o biológicos. El drama de la pubertad femenina consiste en que la niña no puede seguir creciendo si no se interroga acerca de su feminidad, muchas veces marcada como enfermedad, sufrimiento y muerte. Recuerden que muchas mujeres hacen referencia a la menarquia señalando que están "malas".

De entrada esto significa para la joven púber que definitivamente cae del lado de las mujeres, deja de ser niña para convertirse en una mujer, a semejanza- de quien si no?- de su madre. Esto presenta un inconveniente de entrada en la joven: deja de ser niña y aparece como otra-rival de su madre. Juntamente se adentra con la aparición de un cuerpo cambiante y transformante, lo cual le incita a realizar un duelo por el cuerpo, y todos sus significantes añadidos, que se pierde: el cuerpo de la niñez.

En el varón ocurre igualmente, deja de ser un niño, para adentrarse en un cuerpo que empieza a parecerse al de su padre. De aquí se deriva el hecho de que el niño y la niña se mirarán en los cuerpos de sus padres, no hay otra forma. Y de acuerdo, algo que no hemos mentado aún, con aquello signado como el complejo de Edipo por Freud, dónde se dan todo un proceso de identificaciones consistente entre el sujeto y el objeto de deseo: se puede producir varios cruces diferentes y con consecuencias contrarias dependiendo de las identificaciones en esta etapa.

Freud indica que el complejo de Edipo se produce en el niño y la niña en un periodo que se extiende desde los 3 a los cinco años aproximadamente. El niño se puede identificar al padre, optando como objeto de su deseo a su madre. (Complejo de Edipo positivo); También puede suceder que el objeto de deseo sea el padre y se identifique a la madre (Complejo de Edipo negativo).

En la niña, la identificación si es con la madre, el objeto del deseo recaerá en el padre (Complejo positivo); si, por el contrario, se identifica al padre, la madre se apostará en el lugar de objeto de deseo (Complejo de Edipo negativo). Todos estos cruces pueden ocurrir dependiendo de la relación, inconsciente, que se establezca entre padres e hijos en este proceso de identificación. Al final de este periodo, se constituyen estas identificaciones, que devendrán lugares psíquicos, para el futuro que se desarrollará en ese après-coup en la adolescencia. Esto es, que en la adolescencia, en esa superación como decíamos de lo infantil, se pondrá en juego toda la estructura que deviene del Complejo de Edipo, poniéndose y desarrollándose la elección de objeto en el adolescente –justamente en dependencia directa a la posición de sujeto y de elección de objeto producto de dicho cruce de identificaciones- .

La menstruación

La menarquia es el comienzo de la feminidad como tal. Y no es fácil, en tanto, la propia regla tiene y ha tenido significaciones muy concretas. Simon de Beauvoir nos dice que la menstruación inspira horror a la adolescente, por precipitarla dentro de una categoría inferior y mutilada. En inglés, la palabra es "curse", directamente maldición. Según las informaciones antropológicas, las creencias, ritos y tabúes referidos a las mujeres menstruantes, revelan la idea de que estas son peligrosas y sucias en ese momento. Así, Plinio en su historia Natural hace una larga lista de los peligros que puede provenir de la

menstruación: el tacto de una mujer menstruante convierte el vino en vinagre, quema los granos, mata los semilleros, plaga las huertas de parásitos.

En otras ocasiones nos dicen que se atribuyen a las mujeres que menstrúan los mismos



poderes malignos que a las brujas del folclore: odio, poderes mágicos, canibalismo, posibilidad de envenenar, lo que despierta un intenso temor a la muerte. También se señala los tabúes y supersticiones que rodean a las mujeres

menstruantes, muchas veces se hacen más graves con respecto de las muchachas que tienen su primer periodo menstrual. Estas, igual que las mujeres de más edad son consideradas como un grave peligro público.

En Egipto, la mujer permanece recluida durante todo el periodo que dura su primera menstruación. A veces, la relegan a una cabaña fuera del poblado, y no es posible ni verla ni tocarla.

En las sociedades matriarcales las virtudes atribuidas a la menstruación son ambivalentes. Por una parte, se cree que paraliza las actividades sociales, destruye la fuerza vital, aja las flores y hace caer los frutos, pero también produce algunos efectos bienhechores: los menstrosos son utilizados en los filtros del amor, en los remedios y para curar las cortaduras.

Aún hoy, hay ciertas tribus de indios que ponen delante de las embarcaciones un tapón de fibras impregnada de sangre menstrual cuando parten para combatir con los monstruos que acosan sus ríos.

Es a partir del patriarcado que ha predominado la actitud de atribuir solo poderes nefastos a la menstruación: así, en ciertas iniciaciones se exhorta a las niñas a disimular cuidadosamente su sangre menstrual: " No la muestres a tu madre, pues morirá".

Entre los tabúes referidos a la mujer menstruante el más riguroso es la prohibición de toda relación sexual. El Levítico condena a siete días de prohibición al hombre que no cumple dicha regla. En nuestra sociedad es común el hecho de la ausencia de relaciones sexuales por el hecho de la menstruación.

En muchos pueblos, la niña al llegar a la pubertad debe someterse a ciertas restricciones y, en algunas tribus, a operaciones crueles. Malinowski describe pueblos en los que, en el momento de la pubertad, se practica la desfloración con ayuda de un bastón, un hueso o una piedra. En otras tribus al llegar a la pubertad, la niña es sometida a una iniciación salvaje: Unos cuantos hombres la llevan fuera de la aldea y la desfloran con ayuda de algún instrumento, o la violan.

Pero luego de las pruebas por las que tienen que pasar, no falta el festejo de su madurez sexual por parte del grupo social: las ceremonias culminan con un festival, durante la cual la niña es aceptada por la sociedad de las mujeres adultas, como una de ellas. Vemos entonces que los ritos de iniciación revelan la ambivalencia experimentada frente a la pubertad femenina.

La importancia de la menarquia no es sólo por su importancia con la pubertad, por ser la expresión de la madurez sexual y tener una especial relación con la reproducción y por ser el centro de la problemática de ese momento de la vida, sino porque también es una hemorragia que moviliza a la agresión, ideas de auto-agresión y angustia.

En nuestra sociedad la primera menstruación, en muchas ocasiones, es un hecho vergonzoso, del que no se debe hablar y por lo tanto ocultar. En muchas ocasiones, las madres hablan con sus hijas con más facilidad acerca de la concepción, el embarazo y el

parto, que acerca de la menstruación, lo que refuerza el sentimiento de culpa y vergüenza de las niñas.

El rechazo y ocultamiento de la menstruación se vinculan con el hecho de que ésta señala, como hemos dicho, a la niña que es mujer, y ser mujer equivale a rivalizar con la madre, o a identificarse con ella. De ahí que pueda vincularse con los secretos de la madre relacionados con la menstruación, ropas teñidas de sangre, molestias menstruales, además de las fantasías referidas a los poderes malignos de la bruja que aparecen en todas las niñas, así como en las creencias populares de algunos grupos sociales.

El terror al cambio corporal está centrado en el miedo y en el rechazo al cuerpo de la mujer, esto se ve muy claramente en la anoréxica, identificado al cuerpo de la madre, y el embarazo. La angustia despertada por la visión de la propia imagen corporal lleva al miedo a ser vista, que es uno de los temores más frecuentes de las niñas púberes. En numerosos pueblos, las niñas púberes no pueden ser vistas, puesto que el verlas puede representar catástrofes de índole diversa. Se decía que las niñas camboyanas al entrar en la pubertad, "entraban en la sombra".

Bibliografía

- Abadi, S. "Adolescencia y droga: un síntoma de la cultura". Revista de Psicoanálisis. N° 4 Tomo XLVII.1990.
- Abadi, S. "Adolescencia: vicisitudes del cambio". Revista de Psicoanálisis N° 4 Tomo XLVII. 1990.
- Aberastury A y Knobel M. *"La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico"*. Paidós, México 1988.
- Agamben, G. *Infancy and History: Essays on the Destruction of Experience* (London).
- Ariès, Ph. *Centuries of Childhood*, London: Penguin, 1973.
- Baranes, J.J. "Devenir si mismo: avatares y estatuto transgeneracional" en Kaës, R. "Transmisión de la vida psíquica entre generaciones". O.C.
- Bernardi, R. "Los orígenes de la identidad". Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia infantil. N° 17-18. 1994.
- Blos, P. "La transición adolescente". Amorrortu. Edit. Buenos Aires, 1996.
- Castelnuovo, A. "La adolescencia como fenómeno cultural". Revista de Psicoanálisis. N° 4 Tomo XLVII. 1990.
- Castoriadis-Aulagnier, P. "La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado". Amorrortu, Buenos Aires, 1982.
- Delval, Juan. *"El desarrollo cognitivo y afectivo del niño y del adolescente"*. Alianza Editorial, Madrid 1978.
- Dolto, F. "La causa de los adolescentes" Seix Barral. Barcelona, 1990.
- Erikson, Erik. *"Infancia y Sociedad"*. 12° ed. Ediciones Hormé. Buenos Aires, 1993.
- Freud, S. *"Metamorfosis de la pubertad"*. 1905. VII. *"Duelo y melancolía"*, 1917. XIV. Obras Completas. Amorrortu Ed. Buenos Aires.

- Faimberg, H. "Telescopaje de generaciones". Revista de Psicoanálisis. N° 5 Tomo LXII. 1985.
- Goijman, L. "Parricidio, exogamia y estructuración: cuestiones cruciales de la adolescencia". Revista de Psicoanálisis N° 4 Tomo XLVII 1990.
- Horstein L. *"Intersubjetividad y terapia psicoanalítica: desafíos actuales"*. Conferencia de apertura del IV Congreso de AUDEPP. Montevideo, 2001.
- Jacobson, E. *"Los adolescentes: sus estados de ánimo y la remodelación de sus estructuras psíquicas"*. Revista de Psicoanálisis. N° 3 tomo XLII 1985.
- Jeamnet, P. *"Trastornos de la personalidad y conducta alimentaria en la adolescencia: anorexia y bulimia"*. Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia infantil. N° 8, pp. 7-24. 1989.
- Jacobson E. *"El self (sí mismo) y el mundo objetal"*. Ed. Beta. Buenos Aires, 1969.
- Jeamnet, P. *"La identidad y sus trastornos en la adolescencia"*. Cuadernos de psiquiatría y psicoterapia infantil. N° 17/18, pp 5-10 1995.
- Kaës, R et al. *"Transmisión de la vida psíquica entre generaciones"*. Amorrortu. Ed. Buenos Aires, 1996.
- Lacan, J. *"Escritos"*. Siglo XXI. 1978.
- Leclaire, S. *"Matar a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte"*. Amorrortu. Ed. Buenos Aires, 1997.
- Lévi-Strauss, Claude. *"The Family"*, en *The View from Afar* (London: Penguin, 1987), p. 62.
- Melman, Charles. *L'Homme sans gravité: Jouir à tout prix* (Paris: Denoël, 2002), capítulo I.
- Rother de Hornstein M.C. *"La elaboración de los duelos en la adolescencia"*. Rev. psicoanálisis, 1988. Tomo XLV, n° 2.

- Tubert, S, "*Identidad y adolescencia. Reflexiones sobre un mito*". Revista de Psicología Clínica y Salud- N° 2 Vol. 8 año VII. 1997

Cuestiones

1. Realice una breve síntesis del tema, aportando personalmente su parecer y punto de vista acerca de lo tratado.